

EL ECO DE CARTAGENA.

Sábado 17 de Enero de 1880.

LA ELECCION DE HERMANO MAYOR Y TESORERO DEL SANTO HOSPITAL DE CARIDAD.

Ayer tuvimos ocasion de gozar una vez más en este acto, de suyo conmovedor, que se repite todos los años en igual día, ante el altar de la Madre de la Caridad, patrona del piadoso asilo que tenemos puesto bajo su poderoso patrocinio. Es de Estatutos que los cargos de hermano mayor y tesorero de la Junta de gobierno sean elegidos por el pueblo y por eso es llamado éste á son de campana al ejercicio de su derecho. Despues uno de los secretarios da lectura de las cuentas generales, detalla la y minuciosamente, de lo recaudado durante el año, y de su inversion, á lo cual sigue el Te-Deum, Silve y responso.

La práctica de esta solemnidad parece no debió empezar sino mucho tiempo despues de la fundacion del Hospital; Roldan y sus sucesores en una larga serie de años no se sabe hicieron otra cosa que trabajar para dar forma y sér á su ideal, dejando á los venideros el cuidado de perfeccionar la obra por ellos comenzada; al menos las elecciones populares es de inferir no empezaran sino despues de haberse concretado las actuales Constituciones, en el año mil setecientos cincuenta y cinco.

En las que han tenido lugar en el presente han quedado reelegidos por hermano mayor y tesorero los Señores D. Ginés Moncada y D. Bernardino Rolandi, que tan cumplidamente vienen desempeñando sus cargos con universal satisfaccion de sus paisanos, el primero por noventa y cuatro votos y el segundo por noventa.

Por el número de las papeletas depositadas resulta han concurrido á la eleccion ciento veintinueve personas, 29 más que en la del año pasado.

Entre ellas y sentados en los bancos del centro, vimos á dos vocales de la junta, D. Pablo Bosch y don José Moreno; algunos otros andaban por los rincones; siendo de extrañar, por más que se haya hecho ya habitual su falta, la ausencia de los señores Hermano mayor y Tesorero. En las elecciones del año pasado tuvimos el gusto de ver allí al Sr. Rolandi. En el presente ni al uno ni al otro; y en verdad que no nos esplicamos la causa de ese retraimiento, siquiera se amparen en respetos humanos: allí no van á jugar intereses encontrados, ni el apasionamiento, ni la envidia tuvieron nunca asiento en los consejos de la caridad; el pueblo que los conoce, como conoce á todos y á cada uno de los que componen la Junta de Gobierno, gustaria de verlos en sus puestos al honrarlos con su confianza; y aun cuando los votos por la suerte pudieran serles contrarios, tan dignos de respeto y tan apreciables serán siempre figurando á la cabeza de la corporacion, como confundidos entre sus vocales. Además de esto, que todavía no se ha dado caso de que hermano mayor alguno, ni tesorero hayan sido removidos de sus cargos por el voto popular.

Esto es por una parte; por otra, no nos cansaremos de repetirlo: quisierámos ver restablecida la antigua práctica de la oracion gratulatoria del diputado al hermano mayor y al pueblo, esto seria muy adecuado, y prestaria mayor solemnidad al acto. Somos conservadores de ciertas prácticas, y sentimos que en el año presente se haya prescindido hasta del toque especial de campana con que siempre ha sido costumbre convocar al pueblo, empleándose el ordinario repique. Esto podrá no signi-

ficar nada en la esencialidad de la cosa; pero la verdad es que poco á poco se le va despojando de toda aquella parte de aparato que lo fué primitivamente peculiar ó característico.

Por lo demás, congratulémosnos en que aun subsista lo intrínseco de la práctica. El pueblo ha sido llamado una vez más y este ha confirmado con su voto de confianza, el más absoluto en la direccion y administracion del santo asilo que sostiene con su amor y con sus limosnas, á las dignísimas personas á quienes hace años se las confiara; se le ha dado cuenta de la gestion administrativa, y ha quedado satisfecho. Al terminar, el secretario señor Calandre, la lectura de las cuentas, no pudimos por menos de repetir con él: *demostramos gracias á Dios y á su Santísima Madre que tanto cuida de la subsistencia de los pobres enfermos que tiene bajo su poderoso amparo.*

MANUEL GONZALEZ.

ECOS DE MADRID.

—o—
15 de Enero de 1880.

En vano han publicado los periódicos un acta de la que resulta satisfactoriamente terminado el incidente ocurrido entre los Sres. Romero y Robledo y general Riquelme. El joven ministro de la Gobernacion que como simple mortal está espuesto á constiparse, ha tenido que guardar cama, y como no se le ha visto estos días, la imaginacion que anda lista en los cafés, en las oficinas, en los paseos y en los corredores de los teatros, se ha despachado á su gusto.

—A mi no me la pegan; está herido.

—Lo mismo creo yo, y hasta segun me han dicho en un brazo.

—No tal, es en un hombro.

—Nadie le vé...

Y en efecto el Sr. Romero Robledo, ha podido reirse de la candidez de

sus compatriotas, mientras tomaba sudoríficos para reestablecerse.

La semana ha sido de emociones. Una señorita ha buscado la muerte asfixiándose; un mozo de cuerda se ha arrojado desde el viaducto, quedando muerto en el acto; tres jornaleros han sido gravemente heridos por el desprendimiento de tierras en los desmontes en que trabajaban; y dos jóvenes estudiantes que desde hace tres meses venian practicando con éxito el escamoteo de libras en un puesto, para proporcionar recursos á sus caprichos, han sido cogidos *in fraganti*, y encerrados en el Saldero.

Por otra parte las heladas son terribles este año, la mortandad es grande y raro es el día que no succumba al frio algun infeliz.

Esta mañana se han celebrado con gran pompa en la iglesia de S. Francisco el Grande los funerales del último Presidente del Congreso. El Gobierno, representacion de las Cortes, de todas las corporaciones y cuanto de notable encierra Madrid llenaba el espacioso y magestuosamente decorado templo.

La funcion ha sido imponente y grandiosa.

El maestro Arrieta ha organizado con verdadera inspiracion y sentimiento la parte artística de las exequias que dejarán recuerdo por su imponente magnificencia.

Los literatos harán también los funerales del gran poeta con más modestia, uno de estos días, en el convento de las Trinitarias.

Pasemos al capítulo de los espectáculos.

Siempre sucede lo mismo: las empresas teatrales despiden toda su actividad para las fiestas de Noche Buena, y al subir la cuesta ó sea el mes de Enero, viven de su pasado ó recurren al repertorio.

FOLLETIN DEL ECO DE CARTAGENA DIA 17 ENERO 1880.

—28—

UNA VELADA EN EL MAR ROJO.

EPISODIOS INVEROSIMILES
POR ISIDORO MARTINEZ RIZO.

fico, brillante, y esplendente; como que estaba iluminado por los rayos de un solecuatorial.

Trascurrieron tres horas y nos pusimos sobre Arabia, muy cerca de la costa de Mascate.

Nuestras fuerzas estaban agotadas. Nos sofocaba el sol, teníamos viva sed, y en tanto los incansables grifos continuaban su vuelo desesperante, abrumador, eterno.

¿A donde iríamos á parar? ¿Continuarían su vuelo hasta perder la vida, como el bravo corcel, cuando en su furia loca y delirante, no para hasta que muere reventado?

En un momento de terror, cuando las fuerzas me faltaban y temí despeñarme en el abismo, pensé matar con mi revolver al buitre que montaba para caer abrazado á su cadáver, más deseché esta idea por estúpida y loca.

En tan terrible situacion me tendí sobre el ave, posando mi cabeza enardecida sobre la base de su cuello.

El implacable buitre empezó á descender.

Un grito de alegría partió de mi garganta, que halló un eco de gozo en Nagari.

Se estremecieron los dos buitres al

escuchar el grito, ronco é inarticulado, que lanzara.

Por fin se repusieron, y proyectando grandes círculos con vuelo reposado, y magestuoso, bajaron poco á poco hasta posarse en la modesta altura de una estepa, á cosa de una milla de Chivén.

Serian las diez de la mañana.

Un gran rebaño de camellos, que pastaban muy cerca de nosotros, corrieron espantados hácia el poblado de Chivén; pero las aves presurosas dieron alcance á un cameleto, lograron derribarle, le sacaron los ojos con sus picos, destrozaronle el vientre y se cebaron en sus carnes.

Todo ello fué instantáneo, tardando menos tiempo en practicarlo que yo he tardado en referirlo.

Apenas tuve tiempo de descender del buitre.

Nagari se mantuvo sobre el suyo. Mis ruegos no bastaron: insistió en no bajar y á mis escitaciones exclamaba:

¿Abandonarlo yo? de ningún modo. ¿Cómo regresaría?

—Toma, —le repliqué dándole ochenta libras esterlinas. —Con esta cantidad llegarás á tu casa con dinero.

Nagari las tomó, las metió en el bolsillo de su túnica, pero permaneció sobre su grifo.

Permanecieron estos devorando á la res mientras quedaban restos de ella.

En tanto el indio-chino se comía un trozo de fambre que aun conservaba de nuestras provisiones de Himalaya.

—Dame agua, Shait, —me dijo con afañ.

Corri á un charco cercano, llené